

Día Internacional de la Cooperación, 5 de julio de 2005.

Sala Solidaridad, Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini

Palabras de Edgardo Form, Gerente General del IMFC

Mirando esta sala, desbordante, con mucha gente de pie, corroboramos los conceptos que año tras año procuramos compartir con todos ustedes acerca de lo que significa para nosotros, cooperadores enrolados en el IMFC, una genuina, una auténtica inserción en la sociedad y esta forma de cultivar los vínculos, los lazos de amistad y las coincidencias, precisamente en función de hacer realidad una sociedad más justa, una sociedad humanista, una sociedad donde la creación de bienes y de servicios y la distribución de los frutos del trabajo humano estén distribuidos con equidad. Todos los que estamos aquí, todos los que concurren año tras año a esta convocatoria tradicional del Instituto, de alguna manera son partícipes de este esfuerzo. Y por eso esta noche nos sentimos muy felices, cómodos, bien acompañados, y estamos seguros de que nos vamos a ir de aquí con más compromiso, con más convicción, con la certeza de que estamos transitando el camino correcto. Este es un momento de una dosis indispensable de nostalgias, de recuerdos, algún lagrimón que se nos pianta, como diría el tango. Pero también de reflexiones y de alegrías.

Queremos centrar en tres temas muy concretas, al menos esta parte del acto del 83° Día Internacional de la Cooperación.

En primer término, focalizar la atención en un aspecto que en su próximo congreso mundial, que se va a hacer a fines de setiembre en Cartagena de Indias, la ACI (ese organismo ecuménico de las cooperativas, más que centenario, fundado en 1895) va a llevar a cabo precisamente en este continente bajo el lema “Los valores de la cooperación como ventaja competitiva”.

¿A qué se refiere concretamente este lema, que hacemos propio? Se refiere, precisamente, a los aspectos esenciales que inspiran, que orientan, que fundamentan la acción de todas las cooperativas a nivel mundial. Valores tales como la ayuda mutua, es decir una forma concreta de solidaridad, la transparencia, la distribución de la riqueza en proporción a los esfuerzos que realizan los asociados. Por supuesto, la preocupación por la comunidad, algo que siempre estuvo presente en el movimiento cooperativo, y muy particularmente en nuestro Instituto Movilizador, pero que recién adquirió categoría de principio cooperativo en 1995 en el marco del Congreso Centenario de la ACI. Es decir, una concepción de la actividad económica de los seres humanos que pone en el centro exacto precisamente a los asociados, al conjunto de la comunidad.

Y habla de ventajas competitivas, y podemos agregarle comparativas, porque inevitablemente hay que confrontar esta filosofía, esta concepción, este modo de actuar en el quehacer económico, con el sistema dominante, con el modo que predomina en el planeta, que precisamente se caracteriza por el carácter cada vez más social de la producción pero al mismo tiempo la apropiación cada vez más privada, más concentrada de los frutos del esfuerzo humano. Una concentración de la riqueza que al mismo tiempo genera –y sobre todo en las últimas décadas y principalmente a partir de la afirmación del llamado modelo neoliberal- una exclusión social sin precedentes.

Desde hace mucho tiempo, los analistas políticos, los sociólogos, los investigadores en el campo de las ciencias sociales (algunos de los cuales también investigan en el CCC) han llamado la atención sobre un fenómeno que se llama la población excedente absoluta; es decir, esos miles de millones de seres humanos que quedaron afuera del mercado del trabajo y del consumo y que ya no ingresan; no hay políticas activas de ninguna índole, ni forma posible de recuperar a esos miles de millones de mujeres y varones que quedaron afuera de todo el sistema económico y productivo y de distribución de los frutos que permite la revolución científica y tecnológica.

Si uno mira hacia adelante y se imagina cuáles son los escenarios que se avecinan en el mundo, en la medida que persista esta modalidad de producción cada vez más social y de apropiación cada vez más privada, no podemos dejar de señalar que estamos frente a un panorama verdaderamente desolador. Y no son pronósticos apocalípticos de quienes actuamos en el campo de la actividad social o que tenemos determinada inclinación ideológica o filosófica. Fíjense ustedes en lo que dice, por ejemplo, una nota de Clarín el viernes 24 de junio titula “Detrás de las cifras: desafíos de un futuro que resulta inquietante”. La mitad de la población del mundo que ha crecido y que ya supera casi los 6.500 millones de seres humanos vive con menos de dos dólares por día. Este es el fruto de este modelo dominante, de esta política persistente que probablemente el Grupo de los 8 (y después de los mega recitales artísticos que se han hecho en esas ciudades) probablemente se ponga a pensar no cómo modificar esta realidad tan cruel, sino cómo seguir en esta misma tónica, en esta misma dirección pero tratando de incluir un poco de maquillaje para que parezca que nos están chupando la sangre pero de un modo un poco más placentero. Y dice la nota: “enfermedad, pobreza y escasez de agua y comida, flagelos del mundo que viene”.

“Hoy el 20% de la población se queda con el rédito del 84% de la riqueza mundial. Para el 80% restante de los habitantes, apenas queda el reparto del 16% de lo que se produce”.

Es bueno entonces que un Congreso de la ACI y que los cooperadores y los amigos del movimiento cooperativo, en un día como hoy, centremos buena parte de nuestra atención, de nuestra mirada, en la confrontación de estos dos grandes modelos: el modelo predominante, con estas consecuencias brutales, y el modelo que auspiciamos desde los valores y los principios de la cooperación. Es decir una sociedad (como aquí se dijo en la declaración del IMFC) fundada en nuevas relaciones sociales, donde uno de los aspectos claves es la distribución equitativa de la riqueza, algo por lo cual muchas organizaciones populares, nuestro Instituto están trabajando activamente desde siempre y muy en particular en los últimos años. Este es un primer aspecto sobre el cual queríamos llamar la atención de ustedes. Los valores esenciales del movimiento cooperativo en confrontación con el sistema perverso dominante de la máxima ganancia, de la voracidad del lucro, del anti humanismo, de la depredación de la naturaleza, porque además de excluir a estos miles de millones de seres humanos, este sistema es tan perverso y tan voraz en la búsqueda de la máxima ganancia que elimina o trata de obtener de una manera monopólica y si es necesario recurre a la guerra y mata millones de personas para apropiarse de recursos que no son renovables, como el petróleo, o que en poco tiempo van a constituir otro factor de conflicto en la humanidad, como es el agua.

Nosotros precisamente estamos en una zona muy próxima a uno de los puntos claves proveedores de agua potable, como es el acuífero Guaraní. Cooperación versus este otro modelo al cual hemos calificado como se merece, con toda la crudeza y con toda la valentía.

Pero –y aquí viene otro tema sobre el cual queremos llamar la atención- para poder demostrar que estos valores de la cooperación son los que tienen futuro, los que contribuyen a la construcción de un mundo mejor, tenemos que lograr que nuestras empresas del área de la economía social, que nuestras entidades de la economía solidaria sean exitosas porque –y aquí tenemos un conjunto importantísimo de dirigentes de entidades cooperativas- es indispensable que los asociados y que el conjunto de la comunidad comprendan no sólo por la prédica reiterada de principios y valores, sino

por la demostración concreta de una gestión exitosa de las cooperativas, que no solamente es necesario cambiar el mundo, que no solamente es indispensable transformar la realidad, sino que es posible.

Y para eso no alcanza con que nosotros hagamos reuniones litúrgicas en las cuales pasemos revista a los principios y valores de la cooperación, sino que hay que demostrar con resultados concretos que nuestras entidades armonizan eficientemente la democracia con las mejores prácticas de la administración. No hay que regalarle al modelo neoliberal o al sistema capitalista la eficiencia, hay que entender a la eficiencia como un valor intrínseco de la economía solidaria donde los resultados no son apropiados por un pequeño núcleo de dueños monopólicos sino que se distribuyen en primer lugar a los asociados y también al conjunto de la comunidad, a través de obras y servicios.

La eficiencia, el logro del éxito económico en la gestión es de enorme significación y tiene un valor educativo decisivo. Y por eso hoy queremos llamar particularmente la atención sobre este aspecto porque eso es fundamentalmente una responsabilidad de quienes estamos al frente de las instituciones cooperativas y tenemos la tarea de administrar recursos que, como se sabe, son generalmente escasos y hay que lograr que alcancen suficientemente bien para cumplir con el objeto social de nuestras empresas y trascender al conjunto de la comunidad. Con compromiso social, con solidaridad, con democracia, con ayuda mutua, con esfuerzo propio.

Y el tercer aspecto sobre el cual queremos llamar profundamente la atención en este acto conmemorativo, en este encuentro de amigas, de amigos, de dirigentes, es la indispensable necesidad que tenemos que resolver, y cada vez más y mejor, de contar con dirigentes, con líderes de nuestras entidades cooperativas, con hombres y mujeres que tengan la aptitud, la capacidad, los atributos, no solamente para transmitir estos valores, estos principios, sino para construir en concreto la gestión solidaria de nuestras entidades cooperativas y para establecer los vínculos indispensables que permitan configurar esa alternativa, ese instrumento transformador de nuestra realidad.

Hace poco en un acto, alguien decía que tenemos que multiplicar los constructores de puentes, lo edificadores de vínculos, los creadores de canales de comunicación para que todos los que pensamos más o menos parecido, o que al menos tenemos las mismas intenciones, dejemos de estar dispersos y pasemos a trabajar en común. Y esta es una tarea difícil, porque nosotros le podemos explicar a nuestros funcionarios, a nuestros asociados cómo se usa un cajero automático, algunos lo aprenderán en dos días, otros tardarán un par de semanas y finalmente, al cabo de un lapso razonable, aprenderán a poner su tarjeta, a digitar la computadora y navegar por Internet.

El problema es cómo formar en valores solidarios a nuestros dirigentes y asociados. No se trata sólo de una prédica ni de recitar de memoria, como el catecismo o como el preámbulo de la constitución, los valores éticos y morales de este nuevo mundo que queremos construir.

El problema, el gran desafío, es ejercitarlo todos los días. Y esto significa que en la gestión cooperativa, desde la mañana hasta la noche, en cada reunión del consejo de administración, en los actos multitudinarios, tenemos que pensar que cada una de nuestras decisiones repercute para bien o para mal sobre la razón de ser de nuestra existencia, que son los socios, la gente, las mujeres y los varones que integran nuestro pueblo. De manera que tenemos, compañeras y compañeros, una tarea gigantesca porque esta confrontación entre los valores del cooperativismo y los disvalores del sistema capitalista perverso se dirime en un terreno muy complicado que es la cabeza de cada una de las personas que viven y actúan en la sociedad.

Y quiero terminar con dos frases que, de alguna manera, resumen estas tres breves reflexiones que hemos tratado de compartir con ustedes y que, de alguna manera también, les servirán a ustedes para ser multiplicadores del mensaje en cada uno de sus ámbitos de actuación. Una frase que

particularmente me impactó mucho, que escuché hace poco tiempo atrás, y pertenece a Martin Luther King. Dice que los hombres, los seres humanos, hemos aprendido a nadar como los peces y a volar como las aves, pero que no hemos aprendido algo tan sencillo como es vivir como hermanos. Este es un gran tema que hace a la esencia del cooperativismo y a nuestro compromiso social.

Y termino, como corresponde, con una frase de nuestro máximo dirigente, nuestro querido compañero, recordado Floreal Gorini, que decía –y está escrito en la entrada de este edificio- que el camino hacia la utopía va a requerir infinidad de batallas pero sin dudas la más importante es la batalla cultural.